

de los trágicos del siglo de Luis XIV que continuarán con decadente brillo Campistrón, Crebillón y Voltaire.

Dejemos ahora la tragedia, los palacios, los príncipes, los mantos de terciopelo, las galerías llenas de guardias, de suizos y de alabardas, los departamentos reales, los vestíbulos de columnas y los pórticos majestuosos. Dejemos la corte y volvamos á la ciudad donde la comedia ha instalado sus tablas, copiado sus tipos y formado su vocabulario. El cambio de decoración no puede ser más completo. Pasamos del reino de la distinción, del preciosismo, de la aristocracia refinada al campo contrario ó sea el de los burgueses. Por su objeto, su público y su naturaleza, la comedia es popular y participa de la farsa, tal como la habían recogido y conservado en sus tablados los charlatanes, como fieles depositarios, pues la encontramos siempre en los tablados de las ferias y sirviendo de muestra á los vendedores de específicos.

El transeúnte se paraba atraído por las lentejuelas y las contorsiones de los payasos y bailarinas. Cada papanatas representaba un cliente. En efecto, el pueblo era crédulo en el siglo xvi. Las drogas, los frasquitos envueltos en papel dorado, los elixires profilácticos y las panaceas problemáticas seducían á la multitud. Creíase en los remedios empíricos, en el diablo, en la magia, en los sortilegios y en los maleficios infernales de los brujos. Ahorcaron á un cura, Adriano Bouchard, en cuyo poder se habían encontrado dos libros de magia escritos en pergamino y á quien se acusaba de haber querido hacer perecer por medio de sortilegios al cardenal de Richelieu. Urbano Grandier fué largo tiempo considerado como brujo y quemado como tal por haber metido los diablos en el cuerpo de las religiosas ursulinas de Loudún : asunto trágico que terminó al resplandor de la hoguera.

Conocidas son las hazañas del ilustre César que murió estrangulado por Satanás. César hacía granizar ó tronar á su antojo. Tenía un perro que llevaba sus cartas y le traía las respuestas. Conocía filtros para hacerse amar ó para hacer perecer á sus enemigos. Y presentaba el demonio á todo el que lo deseaba.

Jamás podríais figuraros el número de jóvenes cortesanos y parisienses que me importunan para que los presente al diablo. Al ver esto se me ha ocurrido la más graciosa invención del mundo para ganar dinero. Á un cuarto de legua de la ciudad, hacia Gentilly, he hallado una cantera muy profunda que tiene anchos fosos á derecha é izquierda. Cuando viene alguien á ver al diablo, le meto allí dentro; pero antes de entrar, es preciso que me pague por lo menos cuarenta y cinco ó cincuenta pistolas; que me jure que no

dirá nunca nada; que me prometa no tener miedo, ni invocar á los dioses y semidioses, ni pronunciar ninguna palabra santa. Después de esto entro el primero en la caverna y ante todo hago círculos, fulminaciones, invocaciones, y recito algunas frases compuestas de palabras bárbaras. Aun no he acabado de pronunciarlas cuando el necio curioso y yo oímos moverse enormes cadenas de hierro y gruñir terribles mastines. Entonces le pregunto si tiene miedo : si me dice que sí, pues hay algunos que no quieren pasar adelante, le saco afuera y me quedo con el dinero que me ha dado en pago de su impertinente curiosidad.

Si no tiene miedo, me adelanto más, mascullando algunas palabras espantosas. Llegado á un sitio que conozco, redoblo mis invocaciones y doy gritos como si estuviese enfurecido. Inmediatamente seis hombres, á quienes tengo ocultos en la caverna, echan llamas de pez y resina hacia nosotros. Á través de las llamas hago ver al curioso un gran macho cabrío cargado con gruesas cadenas de hierro pintadas de rojo, como si estuviesen enrojecidas al fuego. Á derecha é izquierda hay dos terribles mastines con las cabezas metidas en largos instrumentos de madera muy anchos por arriba y muy estrechos por la punta. Á medida que aquellos hombres les pican, aúllan cuanto pueden y el aullido resuena de tal manera en los instrumentos en que tienen metida la cabeza que sale de ellos un ruido tan espantoso que á mí mismo me pone los pelos de punta aunque estoy en el secreto. El macho cabrío convenientemente amaestrado hace por su parte moverse las cadenas agitando los cuernos y desempeña tan bien su papel que no hay nadie que no lo tome por el diablo. Mis seis hombres, que están por su parte perfectamente adiestrados, se hallan también cargados de cadenas rojas y vestidos como furias. Allí dentro no hay más luz que la que de cuando en cuando se hace con pez y resina.

Dos de entre ellos, después de haber desempeñado al vivo el papel de diablos, vienen á atormentar al desdichado curioso, azotándole de tal modo con sacos llenos de arena que casi tengo que sacarle medio muerto de la caverna. Cuando se halla algo recobrado, le digo que es una curiosidad inútil y peligrosa la de querer ver al diablo y le ruego que no vuelva á incurrir en semejante deseo. Puedo aseguraros que no hay ninguno que lo vuelva á intentar después de haber sido apaleado por el diablo. (*Nuevas Memorias históricas del abate d'Artigny.*)

El diablo no le perdonó el que abusase así de su nombre. César fué encerrado en la Bastilla, acusado de brujería y de prácticas ocultas. El 11 de marzo de 1615, Belcebú en persona acudió con gran ruido de cadenas á estrangularle en su cama. Á lo menos esa es la voz que corrió. Los embaucamientos de Gentilly parecen haber inspirado á Cazotte el principio de su *Diablo enamorado*.

En 1662, apareció un *Consejo al Rey para tomar fácilmente á Montaubán, la Rochela y otras ciudades*, en el cual se leen prescripciones de este género : « Sería muy á propósito que Vuestra Majestad hiciese dar á cada soldado un rosario de dos sueldos engarzado en hilo encerrado ó en cuerda de tripa, y á los jefes y distinguidos, Vuestra Majestad les daría en propia mano otros de mayor precio. » Cuarenta años más

tarde, Mayolas anunciaba al público el maravilloso descubrimiento de el oro potable empleado como panacea universal.

Desde este punto de vista no hay nada tan instructivo como la « Sátira contra los Charlatanes y Seudomédicos empíricos, en la que se descubren ampliamente todos los ardides y trampas de todos los Triaquistas, Alquimistas, Químicos, Paracelsistas, Destiladores, Extractores de Quintas Esencias, Fabricantes de oro potable, Maestros del Elixir y toda la perniciosa calaña de impostores; además se refutan los errores, abusos é impiedades de los que pretenden curar por la magia, valiéndose de encantos, billetes, ensalmos, caracteres, invocaciones del Demonio y otros remedios detestables y diabólicos ».

Con este título prolijo hace Sonnet el panegírico de la medicina para confusión de los falsos médicos y alquimistas á los que se propone colocar en el puesto que les corresponde, es decir el de « ínfimos servidores de la medicina ».

La fisiología se hallaba condenada al ostracismo á causa de sus probables afinidades con la brujería y la magia. El escalpelo se veía asimilado al cuchillo de las brujas. La disección era considerada como obra infernal. Junto al cadáver disecado la imaginación popular ponía siempre la tradicional caldera para cocerlo. Descartes se ocultaba para seguir en secreto un curso de anatomía.

Cuando Barbier d'Aucour quiere desacreditar á Racine entre el vulgo, resume las censuras de Saint-Évremond, de Boursault, de Subigny, de Villars, de Robinet y de Visé contra las tragedias del gran poeta en su sátira: *Apolo vendedor de específicos ó Apolo charlatán*.

El público se agolpaba al pie de los tablados, se reía y no podía resistir á la tentación de comprar drogas que le ofrecían de un modo tan divertido. Estos charlatanes eran numerosos en París, pero pocos obtuvieron la boga de Tabarín que daba sus sesiones en el Puente Nuevo. Éste era entonces tan nuevo como hoy, pues ya tenía bastante edad. Claudio Le Petit, en su *París ridículo*, le echaba ya en cara el estar lleno de remiendos.

Había allí toda clase de artistas, á los que se daba el nombre de *oficiales del Puente Nuevo* y cuya ocupación más honrada consistía en desvalijar á la gente. La policía no se metía con ellos.

Hacia 1656 se formó una banda de granujas que recorrían las calles de París y aterrorizaban todos los barrios con sus temerarios golpes de mano. Habían pegado carteles que contenían falsos decretos prohibiendo llevar bandas, y se apoderaban de todos los adornos de esta clase que llevaban las mujeres. Éstas, aterrorizadas á la vista de su traje militar, no se atrevían á protestar y durante algunos días quedó organizado dicho robo con el mayor orden y libertad.

Los rateros del Puente Nuevo se valían de toda clase de estratagemas

para apoderarse de lo ajeno, y Francisco Colletet en su *Tráfago de París* describe los mil modos que tenían de despojar á los transeúntes.

Pero nada lograba retraer á los papanatas, ni los ladrones, ni las disputas, ni los desafíos que á cada paso tenían lugar, ni el paso continuo de las carrozas, ni el lodo de la calzada, ni la basura que rodeaba la estatua de Enrique IV y que hacía decir á los chuscos que *lo habían colocado en una letrina*.

Tabarín había instalado sus reales del lado de la plaza Dauphine. Antes que él se había visto al señor Jerónimo, auxiliado por su payaso La Gallina, atraer á la gente en el patio del Palacio de Justicia, para comprar su unguento contra las quemaduras.

Tabarín es un tipo divertido, con frecuencia trivial y hasta obsceno, pero ingenioso y muy cómico.

Cuando, con su cara ingenua y bobá, pregunta á su maestro Montdor el sabio médico de larga barba y de larga túnica y, cuando con la barba en la mano se hace á sí mismo preguntas estúpidas ó profundas, personifica la bufonada popular.

Se han recogido, editado y reeditado sus bufonadas y caprichos. Es el corifeo del coro de los grotescos y sobre él recaen los golpes que se asestan al género burlesco. Pero no los recibe de tan buen grado como los puntapiés de Montdor. Cuando le atacan responde. Todo el mundo conoce la *Respuesta del señor de Tabarín al libro titulado la Farsa de los charlatanes descubierta*. El rígido Boileau le hizo el mayor honor cuando echó sobre los hombros de Apolo el disfraz de Tabarín.

En los tablados se oyen muy sabrosos diálogos; Montdor hace el papel de doctor razonador y su recuerdo inspirará más tarde á Marfurio y Pancracio en Molière.

TABARÍN. — Ya que hablamos de las mujeres, decidme ¿qué diferencia hay entre una mujer y una escalera?

EL MAESTRO. — Para hablar filosóficamente debo decirte que hay cuatro géneros supremos en la naturaleza, cuyas especies se distinguen *a parte rei*, como dicen los filósofos: *la substancia, el cuerpo, el viviente y el animal*. De suerte que todo lo que es animal es viviente, todo lo que es viviente es cuerpo, y todo lo que es cuerpo es substancia. *Non re conversa*, porque no se puede decir, á la inversa, que toda substancia sea cuerpo, porque los ángeles son incorpóreos, ni que todo cuerpo sea vivo, porque las piedras no tienen vida, ni que todo viviente sea animal porque, aunque los árboles tienen vida vegetativa, carecen sin embargo de sensibilidad. Ahora bien, estos cuatro géneros supremos tienen cada uno su especie distinta, pues se hallan inmediatamente constituidos bajo géneros diversos. Toda substancia es espiritual ó corpórea. La substancia corporal es viviente ó sin vida; viviente, como los árboles que tienen vida vegetativa; sin vida, como las piedras, minerales, etc. El cuerpo que tiene vida es sensible ó insensible; sensible, como los animales, insensible, como las plantas. De suerte que si quiero hallar la verdadera diferencia entre una mujer y una escalera, consideraré si

tienen el mismo género inmediato ó próximo, y hallaré que la mujer es una substancia corpórea viviente sensible y animada; por otra parte, veo que la escalera es solamente una substancia corpórea que no tiene vida ni sensibilidad. Deduzco pues que difieren en la especie y que, por lo tanto, son distintas entre sí realmente y de hecho.

TABARÍN. — ¡Lléveme el diablo! he aquí que la escalera se ha hundido y la filosofía huye por las ventanas. ¿Era cosa de ir tan lejos para venir á caer tan cerca? ¿No sabíais que la mujer es una substancia y la escalera otra?

EL MAESTRO. — Es cierto lo que dices.

TABARÍN. — Ergo es animal.

EL MAESTRO. — ¡Valiente consecuencia!

TABARÍN. — Dejad, que con el tiempo llegaré á ser filósofo; no haré tantos argumentos como vos, pero probaré mejor lo que diga. La mujer no difiere de la escalera más que en una sola cosa.

EL MAESTRO. — ¿En qué, Tabarín?

TABARÍN. — En que, cuando...

El resto se sobrentiende. Las bromas de Tabarín no se distinguen de ordinario por su urbanidad. No suele mojar su pluma ni su lengua en un tarro de miel. Sin embargo, á veces suele tener rasgos satíricos picantes. Antes que Alceste, se burla de sus compatriotas: « Los franceses se abrazan, se acarician, se dan la bienvenida y se quitan el sombrero »; deplora la mala distribución de los beneficios; declara que prefiere la condición de asno á la de caballo, « porque los caballos tienen el trabajo de correr tras los beneficios, mientras que con más frecuencia se apoderan de ellos los asnos », rasgo atrevido y que podía atraer á su autor no pocos palos. Ya en las *Preguntas á su amo*, ya en las *Farsas tabarinescas* se encuentra siempre la nota alegre y maliciosa. Del mismo modo que acabamos de ver que se adelantó á Alceste, se adelantó también á Scapín, apaleando á sus personajes después de haberlos metido en un saco. Boileau no perdonó á Molière el haber aliado á Terencio con Tabarín y el haber envuelto en el ridículo saco de Scapín al autor del *Misántropo*. Tabarín dió mucho que hablar de sí, llevó su libertad hasta la licencia, y su musa, que nunca voló muy alto, se arrastró y se revolcó en la basura. Los vecinos se quejaron de los espectáculos que Tabarín ponía diariamente ante su vista y éstos fueron suprimidos.

Pero es preciso detenernos un momento ante este teatro que forma la transición entre los tablados de los Curiales y los Juegos de las grandes ferias del siglo XVIII, teatro que se halla representado en la portada de las obras de Tabarín: Montdor en traje de doctor, con larga barba y con las manos llenas de cajas de unguento y de bálsamo, mientras que Tabarín, vestido con una casaquilla, adornado con el sombrero y el palo de Arlequín y cubierto el rostro con una careta, hace reír á los papanatas para mayor contentamiento de su hígado y mayor provecho de la caja tabarinesca.

Al pie del tablado de Tabarín fijémonos en ese muchacho de cara despierta, que acude como vecino sin nada en la cabeza y abriendo sus grandes ojos para contemplar á Montdor y á su payaso. Es el hijo de un tapicero de la esquina, llamado Poquelín; allí está metido todo el día. Tabarín tiene el honor de divertir á Molière.

No lejos del mercado de París, en la calle actual del Puente Nuevo, hay un busto que adorna la fachada de una taberna y una inscripción que indica que allí nació Molière. Muy cerca de dicha casa, en una calle inmediata, hay otro busto de Molière que adorna otra fachada é indica una segunda casa natal. Es demasiado para un solo hombre.

La casa verdadera ha desaparecido, pero se hallaba en aquellos sitios. Juan Bautista Poquelín, llamado Molière, nació en dicho barrio. Por su nacimiento es un buen burgués y descende de una casta de comerciantes y gente sencilla; téngase por cierto que un autor, nacido en aquel medio poco afinado, no podrá comprender á los Preciosos y les hará la guerra.

Nació el 15 de enero de 1622 en la casa paterna, que era un almacén de tapicero á la enseña de los « Monos », en la esquina de la calle de Saint-Honoré y de la calle de Vieilles-Etuves. Su padre era Juan Bautista Poquelín, tapicero del Rey y se había casado en 1621 con María de Cressé.

La madre de Molière fué una mujer de buen gusto, inteligente, instruida y hasta elegante. El inventario de su dote hace constar que tenía elegantes trajes, joyas y libros, entre los cuales había una *Biblia* y un *Plutarco*, gran volumen en folio que Molière recordará más tarde en las *Mujeres Sabias*.

Tenía aquélla ingenio vivo y distinguido. El padre, por el contrario, era de carácter brusco y de naturaleza vulgar. Su mujer murió al cabo de once años de matrimonio en 1632, dejándole tres hijos y una hija. Nadie se interesó por la suerte de estos niños; el mismo Molière no habla en ninguna parte de sus dos hermanos ni de su hermana. Después de un año de viudez, el padre se casó en segundas nupcias con la Srta. Catalina Fleurette y se mudó, tomando un almacén bajo los pilares del Mercado. La infancia del joven Poquelín, entre un padre indiferente y una madrastra, no fué muy divertida. Felizmente para él tenía su abuelo materno, Luis de Cressé que le profesaba el mayor cariño.

Luis de Cressé habitaba en el campo en los alrededores de Saint-Ouen, á donde iba con frecuencia el joven Poquelín á pasar largas temporadas. En el inventario de los muebles de la casa de Saint-

Ouen figura la nomenclatura de sus juguetes familiares, bolas, trompas, etc. Su abuelo le quería mucho. Cuando iba á París le llevaba al Puente Nuevo muy cerca de la casa paterna. Allí se hallaban instaladas las barracas de los charlatanes, vendedores de drogas y específicos, titiriteros y comediantes, el más célebre de los cuales fué Montdor, auxiliado por su criado el gracioso Tabarín. Estos artistas daban representaciones al aire libre y para atraer á los parroquianos á comprar ungüentos, representaban farsas y sainetes que divertían grandemente al pequeño Poquelín. De esta suerte cultivaba y desarrollaba su vocación teatral.

Tuvo otra escuela mejor y más eficaz. Su abuelo tenía un amigo, Pedro Dubout, músico en el famoso teatro del hotel de Borgoña, el cual le daba con frecuencia entradas de favor. Allí se representaban entonces piezas á las cuatro de la tarde; el anciano llevaba á ellas á su nieto y éste aprendió desde muy temprano á admirar y á envidiar á los actores célebres de aquella época, Bellerose y Montfleury.

Cuando tuvo edad para ello, el niño Poquelín entró en el colegio de Clermont, que es hoy el liceo Luis el Grande. Allí hizo excelentes estudios, entre sus camaradas, algunos de los cuales se hicieron célebres. Entre ellos figuraba en primera línea el príncipe de Conti que fué más tarde gobernador del Languedoc, donde le halló después Molière, recibiendo de él ayuda y protección; también figuraba Bernier, que fué un famoso viajero; Chapelles, cuya amistad fué duradera; y el gascón Cirano de Bergerac, hombre de ingenio y famoso espadachín. Estando aún en el colegio, Molière hizo con él la trama de una pieza dramática; cada uno guardó una copia y ambos se sirvieron más tarde de ellas para el teatro. Molière y Cirano coincidieron en tratar el mismo asunto, el uno en *Las Picardías de Scapín* y el otro en su *Pedante burlado*, donde se lee, lo mismo que en Molière, la escena de la galera turca.

Tuvo otros condiscípulos, entre ellos Hesnault que fué más tarde poeta distinguido. Todos estos jóvenes tenían como profesor de filosofía al gran filósofo Gassendi, uno de los maestros de la escuela materialista, adversario de Descartes. Refiérese que, cuando Gassendi encontraba á Descartes, le decía, aludiendo á sus teorías idealistas:

— ¡Oh Espíritu!

Y Descartes respondía al materialista:

— ¡Oh Carne!

El materialismo tuvo por principal representante en la antigüedad á Epicuro, cuyo sistema suministró al poeta latino Lucrecio el tema de su hermoso poema *De la Naturaleza de las cosas*. Los alumnos de Gassendi se hallaban naturalmente indicados para estudiar y estimar el poema de Lucrecio. Hesnault lo tradujo y Molière hizo también una tra-

ducción estando aún en el colegio. El poema de Lucrecio se compone de disertaciones filosóficas mezcladas con digresiones poéticas que constituyen su adorno y su parte más agradable; Molière puso en verso sólo estas últimas dejando lo demás en prosa. Más tarde lo quemó todo y sólo queda de su obra un breve pasaje, conocido con el nombre de *Ilusiones del Amor*, que puso más tarde en boca de Elianto y es lo único que se conserva de su traducción de Lucrecio.

Lo que no pudo destruir el fuego fué la huella de la educación epicúrea que había recibido Molière. No fué éste nunca espiritualista y siempre conservó como su célebre personaje Gorgibus « el espíritu hundido en la materia ». Se mostró insensible á las aspiraciones elevadas y distinguidas de las preciosas y fué siempre un burgués amigo de los cuentos verdes y de las bromas rabelesianas. Al salir del colegio reemplazó, durante algún tiempo, á su padre en el empleo de tapicero del Rey. Como tal acompañó á la corte en el viaje de Narbona, con Luis XIII y Richelieu que llevaba en su seguimiento, en una barca á lo largo del Ródano, á los conspiradores Cinq-Mars y de Thou. Pero el oficio de tapicero no era muy del gusto del futuro poeta del *Misántropo*. Escapábase con frecuencia del almacén para ir al Puente Nuevo á oír á los payasos de moda, como el Gran Guillermo, Gautier Garguille, Bruscambille y Turlupín. Su padre se desconsolaba al ver su poca afición al oficio. Púsole á estudiar derecho y Molière obtuvo la licencia. El buen Poquelín padre echaba pestes al ver que su hijo abandonaba la tienda paterna para frecuentar el teatro y empleaba toda clase de recursos para curarle de su afición. Encargó á uno de sus antiguos maestros Pinel que le sermonease y convirtiese, pero el predicador fué menos listo que el penitente, porque se dejó convertir y siguió á Poquelín alistándose en su compañía.

En efecto, el joven pensaba ya en hacerse cómico y, asociándose con algunos amigos de su edad, fundaron un teatro de aficionados, al que titularon sin pizca de modestia: el *Ilustre Teatro*. Fué esto motivo de violentas disputas entre el hijo y el padre que le prohibía el que abandonase el comercio para encanallar el nombre de su familia en un oficio considerado entonces como degradante. El joven Poquelín rompió con su familia, cambió de nombre y se entregó por completo á su arte.

Debió ser un momento conmovedor el en que dijo adiós á todos sus recuerdos de infancia y á sus parientes á quienes no debía volver á ver, para lanzarse á lo desconocido en aquel género de vida que le reservaba tantas amarguras al mismo tiempo que tantas flores y triunfos¹.

1. Más de medio siglo antes estableció sobre sólidos cimientos el teatro español el insigne sevillano Lope de Rueda, también artesano como Molière, pues ejercía el oficio de batihaja ó batidor de oro. (N. del T.)

En la biografía de Molière no se menciona jamás á su familia. Ignórase cuando murió su padre y si el hijo asistió á sus últimos momentos. Molière vivió una vida aventurera, sin cuidarse de sus parientes. Por lo demás no comprendió ni expresó bien los sentimientos de la familia. Apenas había conocido á su madre y su padre se había casado al poco tiempo de viudo; así es que desconocía la ternura de que se ven rodeados los otros niños. En ninguna parte hace alusión á sus padres, y sus escenas familiares tienen algo de trivial y de convencional.

Al romper con su padre cambió de nombre y adoptó un seudónimo que había de hacer ilustre. Ignórase por qué escogió el nombre de Molière. Por aquella época existió un escritor llamado Molière, que escribió una novela titulada *Polixena*. ¿Tomó su nombre el joven Poquelin? Es posible. De todos modos ya le tenemos lanzado á la carrera dramática. Formó con algunos amigos un teatro de aficionados, los Hijos de Familia, que más tarde se agrandó y se convirtió en el Ilustre Teatro. Representaban en la gran sala del Juego de Pelota, cerca de la Puerta de Nesles. Puede leerse hoy día una inscripción conmemorativa en la casa que existe en dicho sitio, calle Mazarine, detrás del Instituto. Entonces era aquello el campo, ó á lo menos formaba parte de los arrabales.

El juego de pelota estaba entonces muy de moda. Se jugaba en vastas salas dispuestas al efecto y de las que puede formarse idea visitando el juego de pelota de Versalles.

Molière tenía la pasión del teatro y se convirtió en el alma de la compañía.

Contaba ésta, entre otros artistas, al actor Beys, al antiguo profesor Pinel, á la Srta. Germain Clerin y á las Srtas. Genoveva y Magdalena Béjart, hijas de José Béjart y hermanas de Armanda, con quien se casó más tarde Molière. Nació ésta el año en que Molière hizo conocimiento con su familia, en 1643.

Ejercía nuestro actor el mayor ascendiente sobre toda aquella gente. Encargábase de todo, firmaba cuantas obligaciones adquiría el teatro, hizo arreglar los alrededores del juego de pelota y desempeñaba admirablemente el oficio de administrador. Por eso, cuando el proveedor de velas presentó su factura, como la compañía no tenía dinero para pagarla, fué preso por deudas su jefe Molière. Felizmente el maestro de obras que se había encargado de embaldosar los alrededores del teatro, se interesó por la compañía, pagó la deuda y quedó Molière en libertad.

Resolvió ir á probar sus fuerzas y á perfeccionarse fuera de París. Partió con su pequeña compañía á provincias con un repertorio bastante insignificante á pesar de lo pomposo de los títulos: *El Ilustre Pirata*, *el Ilustre Bassa*, *La Ilustre Olimpia*, y *el Ilustre Comediante*. Sin embargo fueron otros los títulos que le hicieron famoso.

Molière estuvo ausente de París durante doce años, de 1646 á 1658. ¡Qué curiosa odisea y qué novela cómica en acción! Molière recorrió toda Francia: le hallamos en Burdeos donde prueba sus fuerzas en la tragedia, porque siempre abrigó la ambición de desempeñar papeles trágicos, creyéndose dotado de condiciones para este género. No podía haber error más craso. Llegó en su empeño hasta intentar componer una tragedia, que no tuvo éxito, y cedió, según dicen, el asunto á Racine que hizo de él su *Tebaida*. De Burdeos pasó á Nantes donde no logró cubrir gastos, á causa de la competencia del teatro del veneciano Segale que tenía acaparado al público. En Limoges, le juzgaron detestable en las tragedias y fué silbado. Partió pero no olvidó la silba y se vengó más tarde componiendo la comedia: *el Señor de Pourceaugnac*, en que se ve á un lemosín terriblemente burlado.

En los años siguientes, le vemos en Tolosa, en Narbona, en Agén y en Lyon, donde intentó escribir comedias, los *Celos del Embadurnado*, *el Médico Volante*, y *el Aturdido*.

En Pezenas, se encontró con su antiguo camarada de colegio, el príncipe de Conti, que rompió el compromiso que había hecho con otra compañía de cómicos dirigida por Cormier, para que pudiese representar en su residencia la compañía de Molière. Hasta trató de agregarle á su persona. Pero Molière prefería la independencia; por otra parte no hubiera podido avenirse con el carácter violento del príncipe que un día, en una discusión, le tiró unas tenazas á la cabeza al poeta Sarrazin.

Sin embargo, aceptó el ir á tomar parte en las fiestas que dió el príncipe en Montpellier con motivo de su matrimonio con la sobrina de Mazarino, María Ana Martinozzi. Allí hizo representar un baile, los *Incompatibles*, y el príncipe le pagó 600 libras. El recibo que firmó con este motivo es uno de los pocos autógrafos que se conservan de él.

No tenemos manuscritos ni autógrafos de Molière; todo ha desaparecido, y el que lograrse descubrirlos realizaría un magnífico hallazgo. No queda ninguna sola línea de tantas comedias, memoriales, cartas, y obras diversas como escribió. Se conservan también de él un recibo firmado encerrado en un cuadro, en el saloncillo de la Comedia Francesa, y una firma al pie de una partida de bautismo, en Grenoble, en 1652. Son éstos los únicos elementos en que podrían cebarse los grafólogos.

Existe una leyenda absurda pero divertida, según la cual Molière llevaba sus manuscritos en un maletín colocado á la grupa de su caballería. Dicho maletín se escurrió y cayó entre Belarga y Saint-Pons. Volvieron pies atrás para encontrarlo pero fué inútil y Molière decía: « Es inútil buscarlo. Vengo de *Chignac*, voy á *Lavagnac*,

diviso el campanario de *Montagnac*, y entre todos estos *gnacs* mi maletín se ha perdido.»

Algunos hubieran deseado encontrar el maletín de Molière, pero el hallazgo no hubiera tenido gran valor si se tiene en cuenta que, cuando lo perdió, Molière no había escrito aún ninguna de sus grandes comedias.

Permaneció algún tiempo en Pezenas donde le han erigido después una estatua. La leyenda y el grabado le han representado con frecuencia sentado en el sillón del barbero Gély los días de mercado, observando con gran interés el desfile de los hidalgüelos de provincia que pasaban por la tienda. Dicho sillón se ha convertido en un mueble histórico testigo de la afición á observar del gran cómico, comprobada más tarde en una comedia de aquella época, *Zelinda*, en la que se ve á Molière puesto de codos en el mostrador de una tienda á la moda y borroneando notas en un cuaderno, ocultándose con su capa.

En Narbona vivió en la posada de las Tres Nodrizas, donde en 1540 estuvo también Rabelais de quien tomó más tarde el asunto del *Médecin malgré lui* (el Médico á palos)¹. En Béziers, tuvo mucho éxito con el *Despecho amoroso*. En Avignón, trabó relaciones con el pintor Mignard, que hizo su retrato. Abandonó el Mediodía en febrero de 1658; en junio se hallaba en Ruán y vivía á dos pasos de los tres hermanos Corneille, Pedro, Tomás y Antonio. Por entonces pensó en volver á París. Su amigo, el pintor Mignard, se hallaba en buenas relaciones con Mazarino y obtuvo de él que la compañía de Molière fuese á representar una tarde al Luvre en la sala de Guardias. El espectáculo se compuso de *Nicomedes*, tragedia de Corneille, y del *Doctor enamorado*. El éxito fué satisfactorio. El hermano del rey se interesó por la modesta compañía, la tomó bajo su protección, le dió el título de *Comediantes de Monsieur*, y la instaló en el Petit-Bourbón.

Era un edificio anejo al palacio del Luvre y que ocupaba el sitio actual de la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Pero los padres de la inmediata Abadía, cuya capilla estaba contigua al teatro, se quejaron del ruido de la música y de la multitud de espectadores que invadía el barrio. Molière tuvo que mudarse y estuvo algún tiempo en el teatro del Palacio Real, que había servido también para los ensayos dramáticos de Richelieu, y fué por último á instalarse en un juego de pelota, calle Guénégaud, en un inmueble que existe aún y que sirve hoy de almacén á un plomero. Poco después fué demolido el Petit-Bourbón para dar aire y luz á la hermosa columnata del Luvre que da á la citada plaza.

1. El asunto y la trama de esta obra los tomó Molière de la comedia de Lope de Vega *El Acero de Madrid*. Sabido es que Molière conocía á fondo el español hasta el punto de haber escrito versos en nuestra lengua, y que sacó gran partido de nuestro teatro. Véase el libro *Molière et la Comédie espagnole* del señor Martinenche. (N. del T.)

En 1659, obtuvo su primer gran éxito con las *Preciosas Ridículas* en que se burlaba de las exageraciones de lenguaje tan de moda entonces.

Un anciano que estaba en el patio, gritó en medio de la pieza :
— ¡ Ánimo, Molière, eso se llama hacer buenas comedias !

El 20 de febrero de 1662, se casó Molière, por desgracia suya, con la joven Armada Béjart, que fué egoísta y perversa, y á la que sin embargo amó su marido tanto como Alcestes ama á Celimena en el *Misántropo*. Le hizo muy desgraciado.

Á partir de aquel momento consagróse Molière al duro trabajo de dirigir su compañía, de escribir sus piezas, de representarlas y de hacerlas representar. Fué una existencia laboriosa y muy ocupada. Escribía de prisa y su fecundidad era maravillosa. Su biografía es la historia de sus obras.

Refiérense acerca de esto una multitud de anécdotas que contribuyen en gran parte á determinar los rasgos principales de su fisonomía, — fisonomía pensativa y reveladora de cuidados contra lo que se deduce de sus alegres comedias.

Existen varios retratos de Molière. Michelet ha descrito uno, que se cree auténtico y que está en el Museo del Luvre.

Hay en el Luvre un retrato, cuadro vigoroso de autor sin nombre. Ilumina como una llama la pequeña sala en que se halla instalado. El artista, tal vez un pintor secundario, pero que aquel día estaba en presencia de tan notable original, se halló transformado. Aquel rostro es el de un gran revelador y al mismo tiempo, el de un gran creador, en cuyas miradas luce un rayo de vida. Su vigor varonil es incomparable pero también revela un gran fondo de bondad, de lealtad y de honor. No puede darse nada más franco ni más neto. El labio sensual y la nariz algo gruesa. Las facciones son un tanto burguesas y el pintor ha creído deber ennoblecerlas agregándoles algunos encajes. ¿ Para qué ? No hacían falta ninguna. La intensidad de vida que brilla en aquellos negros ojos absorbe la atención y no se ve ninguna otra cosa. Se siente el calor que despide, pues quema á diez pasos de distancia.

Esta página expresa perfectamente el genio del poeta é indica también algo del carácter del hombre. Es tal como nos lo muestra el busto de Houdón en que Molière dirige hacia un lado su mirada melancólica y resignada y sonrío con sus gruesos labios más tristes aún que burlescos. Es el mismo que nos representa el grabado de Nolín, según el retrato de Mignard en 1685, es decir un Molière grave y lleno de cuidados. Contemplad además en el salón de descanso de la Comedia Francesa su retrato en el papel de César con la amplia peluca adornada de laureles : aquel cómico tiene aire muy trágico. En todas estas transformaciones hallamos siempre al Molière severo y pensativo que nos retrata la Srta. Poissón :